parálisis general produce la monomanía orgullosa, el delirio de las grandezas. El epiléptico experimenta á menudo, sin necesidad da otra causa, la emoción del miedo (Moreau, de Tours). Casi siempre las afecciones hepáticas van acompañadas de tristeza, de melancolía; sucediendo lo mismo con la mayor parte de afecciones gástricas. Ciertas congestiones de los órganos génito-urinarios provocan el nacimiento de deseos amorosos, etc.

¡Con qué docilidad el pretendido *yo* psíquico obedece á la tiránica influencia de las enfermedades, de ciertos medicamentos ó de la alimentación! ¡Cuánto difiere el hombre hambriento del que ha comido suculentamente! Algunos gramos de café nos producen, estimulando el movimiento vital, un sentimiento de bienestar, nos dan una opinión exagerada de nuestras fuerzas. Nuestro pobre cerebro engendra súbitamente y como por encanto una numerosa multitud de deseos. El opio nos transporta á un paraíso formado según nuestros gustos; las tristes soláneas nos aterran con sus lúgubres visiones. Una congestión cerebral embota por algún tiempo algunas veces aniquila para siempre, el más vasto y potente genio. Expliquen los metafísicos, si pueden, esta escandalosa unión de las substancias material é inmaterial. A nuestro modo de ver, hay en ella un humillante consorcio, un vil maridaje.

LIBRO TERCERO

DE LAS PASIONES PROPIAMENTE DICHAS

CAPITULO PRIMERO

DEFINICIÓN DE LA PASIÓN

> Un pensamiento duro, tiránico,
> que domina todos los demás.
> (*T. Hood*)

I

Según una observación formulada por M. Renán en su obra sobre el origen del lenguaje, el hombre, en todas sus investigaciones, en todas sus creaciones, empieza siempre por el punto de vista general, intuitivo, de una idea ó hecho; después, más lentamente, pasa al análisis, el cual no es más que un perfeccionamiento: los detalles de un paisaje visto desde lejos escapan ó se confunden generalmente; es necesario, para observarlos bien, acercarse, recorrerlo detenidamente, pero entonces se pierde muy á menudo de vista el conjunto.

Conformémonos á esta observación, que parece sumamente exacta, y abordemos la definición de la pasión.

Sería cosa de nunca acabar si emprendiéramos la tarea de reproducir todas las definiciones que filósofos, teólogos, moralistas y médicos han formulado acerca de la pasión. Entre las más razonables, que son en muy

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA CAPILLA ALFONSINA U. A. N. L.

pequeño número por cierto, debe citarse la del doctor Descuret, que llama á las pasiones *necesidades desarregladas;* la de Bergier, que dice: «Llamamos pasiones á las inclinaciones ó tendencias de la naturaleza llevadas al exceso, porque el hombre es puramente pasivo cuando las experimenta.» La definición que da Broussais en su bellísima abra *De la irritación y de la locura*, es mucho más completa aun: «Encuéntrase, dice, en las pasiones una necesidad instintiva que solicita el intelecto y un trabajo perpetuo de este último, que calcula todos los medios de satisfacerla.»

La necesidad, es decir, la impulsión orgánica percibida que constituye la base de la pasión, se refiere siempre á los tres grandes grupos de necesidades nutritivas, sensitivas y cerebrales que ya hemos estudiado; pero para merecer el nombre de pasión es necesario que sea exaltada ó modificada, ya por una organización especial, por aquello que los médicos han llamado bárbaramente una idiosincrasia, ya por la educación, el hábito, etc. A estas formas anormales de las necesidades exageradas y convertidas en el principal eje de la existencia, es á las que es menester reservarles el nombre de pasión.

Para Descartes, la pasión no es, en el fondo, más que la agitación por medio de la cual los espíritus mueven la pequeña glándula situada en el centro del cerebro (glándula pineal). Por respeto á los manes del gran sistematizador de la duda, no nos ocuparemos de la glándula pineal, de los espíritus, ni de sus perniciosos extravíos.

Estudiemos una definición menos romántica. Hemos visto que el hombre está dotado de impresionabilidad, uno de los modos más importantes de la conciencia; qué esta impresionabilidad sirve para hacerle sentir sus necesidades, las que no son más que el grito agudo de los órganos que le piden vivir, y, finalmente, que estas necesidades formuladas en la conciencia se convierten en deseos. Esta serie de fenómenos constituye el juego regular, normal, de la vida psicológica; mas cuando por efecto de la organización ó del hábito una necesidad domina todas las demás, toma una forma nueva y engendra un deseo enérgico y durable como ella, se convierte en pasión.

Pasión, es decir, deseo durable y violento, dominando completamente todo el ser cerebral.

Lo que dejamos sentado en los capítulos que anteceden nos dispensa de repetir nuevamente las diferencias que distinguen las pasiones de las impresiones, de los simples deseos, de las emociones, hechos cerebrales con los cuales, hasta el presente, se las ha casi siempre confundido hasta el punto de que en una obra muy moderna, un apreciable autor, coloca una lista de tres columnas de las principales pasiones; lista que dice haber tomado de Platón, Aristóteles, Cicerón, Descartes, Hobbes, etc., y en la que figuran la admiración, la angustia, la alegría, la audacia, el pesar, la discordia, la estima, la privanza, la bondad, la irresolución, los lamentos, los lloros, la confianza, el pasmo, etc., en fin, un mosaico disparatado.

La base de la pasión es el *deseo*, y las características del deseo apasionado son la *violencia* y la *duración*.

II

De la definición que antecede, se deduce la imposibilidad de poder hacer una enumeración completa de las pasiones. Todo deseo puede crecer hasta llegar á la pasión, ¿y acaso hay alguien capaz de contar los deseos del hombre? Si fuese posible realizar esto, con referencia á la raza caucásica, dentro de cien años sería menester empezar de nuevo el trabajo, y hoy mismo sería indispensable una enumeración especial para cada raza, como igualmente para cada pueblo. Pero si bien no podemos formar un catálogo de las pasiones, hay facilidad, sin embargo, de clasificarlas fácilmente, puesto que para ello nos hemos de limitar forzosamente á reproducir la clasificación de las necesidades, impresiones y emociones; en una palabra, de los elementos primordiales de la pasión. Podemos, por tanto, agrupar en tres distintos órdenes todas las pasiones humanas, con la certeza de hallarnos en esto de acuerdo con el pasado y el porvenir, y de trazar un cuadro aplicable á todas las razas humanas, sean del país que se quiera, al decir que el hombre tiene pasiones nutritivas, pasiones sensitivas y pasiones cerebrales.

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA U. A. N. L.

CAPITULO II

PASIONES NUTRITIVAS

I

¡Qué prosaicas son! La psicología metafísica nunca se ha dignado observarlas; y sin embargo, su estudio es de suma utilidad. Su análisis, sumamente fácil, ilustra perfectamente acerca de la naturaleza de las pasiones, sean estas las que se quiera, y demuestra la indisoluble unión que enlaza los deseos apasionados al estado de la trama orgánica.

Aquí, la psicología no puede caminar sino apoyándose en la fisiología, su modesta hermana, la cual debería abandonar poquísimas veces.

Hemos visto ya que la vida no es más que un movimiento material á través de los tejidos organizados. Este movimiento no puede ser nunca contenido sin que produzca una perturbación funcional; tan pronto como los materiales alimenticios indispensables á los cambios nutritivos faltan en todo ó en parte, resulta de ello una contusión cerebral, un violento acceso de hambre ó sed. Es absolutamente necesario que el hombre encuentre en sus alimentos cotidianos 21 gramos de ázoe y 230 de carbono, so pena de ver fundirse sus tejidos, de devorarse á sí propio. Sin embargo, es de notar que el hábito excita ó disminuye las necesidades nutritivas. Los elementos orgánicos acostumbrados á tomar sus materiales abundantemente de los líquidos intercelulares ó de la sangre, son en extremo exigentes, sumamente imperiosos, y no renuncian sin pena á ser satisfechos con largueza.

Todos los médicos saben cuán rebelde es á la die-

ta aquel que tiene la costumbre de comidas suculentas.

Naturalmente las únicas pasiones nutritivas que pueden estudiarse son relativas á la digestión. Pasamos por alto la pasión golosa, por tener tanto de sensitiva como de nutritiva, y vamos á ocuparnos de la glotonería, de la polifagia. En ella, el balance nutritivo nunca está en equilibrio: ó la absorción es prodigiosamente rápida, así como la eliminación, ó bien, y es lo más probable, la absorción es lenta, imperfecta, habiendo entonces, como acontece á los hervívoros, necesidad de una enorme ingurgitación alimenticia para que sea posible la asimilación de una cantidad conveniente de materias nutritivas. Los polífagos son, por lo regular, delgados ó ligeramente gordos.

Los más famosos han sido: el granadero Tarare y Denisa L'Hermina. El primero devoraba, dicen, un cuarto de buey en veinticuatro horas, despellejaba y comía un gato vivo, y robaba cataplasmas para comerlas.

Denisa L'Hermina, de quien el doctor Descuret explica la historia, fué polífaga desde los primeros momentos de su vida. En su infancia comía más que cuatro niños de su misma edad. En su edad adulta, devoraba algunas veces veinticuatro libras de pan en una sola noche; otras veces de treinta á treinta y dos libras en veinticuatro horas. De cuando en cuando se atracaba de hierba, que digería perfectamente.

En esta mujer, la nutrición era la que funcionaba con una rapidez prodigiosa, puesto que sus evacuaciones eran sumamente raras; y su pasión polifágica no fué moderada sensiblemente más que por los excesos alcohólicos habituales.

Esta pasión bestial, tiene el carácter dominante de las necesidades nutritivas, de las cuales no es más que la exageración. Es del todo irresistible, y los más fervientes partidarios del libre albedrío se ven obligados á confesar que la libertad divina, con la cual adornan al hombre, no existe en el polífago, verdadera máquina de digerir. Para Denisa, ver un pan y no devoralo era absolutamente imposible. Hallándose moribunda, obligó á su hermana á comer cerca de ella, y sus últimas palabras fueron: «Puesto que Dios no quiere que coma ya más, tenga á lo menos el gusto de ver comer.»

CAPILLA ALFONSINA

Al analizar la polifagia, se encuentran en ella todos los elementos constitutivos de la pasión; pero lo que predomina, sobre todo, es la necesidad y el deseo brutal. Sin embargo, el papel que representa el cerebro no es absolutamente nulo. Denisa pensaba sin cesar en comer, no podía hablar de otra cosa; se imaginaba continuamente manjares y recurría á todos los medios para hacerse con ellos. A la sola idea de dar un pan, sus ojos chispeaban, se encolerizaba en extremo, y, sin embargo, como era muy caritativa, daba dinero de buena voluntad. No puede de ella decirse que fuese una idiota; Denisa era una antigua maestra de escuela, que había recibido una instrucción bastante esmerada.

El análisis de la pasión alcohólica, el alcoholismo, es tan sencillo como el que precede. Por otra parte, podemos acerca de este particular, gracias á los adelantos de la fisiología moderna, precisar perfectamente el estado orgánico que coincide con la pasión.

De los órganos digestivos el alcohol pasa por endósmosis al sistema circulatorio; y de allí, á la trama de los tejidos, desde donde baña los elementos anatómicos.

Su primer efecto consiste en una corta excitación de la circulación general: el hemodinamómetro muestra de pronto bajo su influencia un aumento de la tensión arterial. A esta excitación corresponde sin duda el sentimiento de bienestar, de fuerza, que experimenta en los primeros momentos el bebedor. Pero bien pronto el movimiento nutritivo íntimo disminuye; las oxidaciones que constituyen el acto primario de la nutrición, se verifican débil é imperfectamente; la exhalación del ácido carbónico por los pulmones disminuye asimismo, decayendo á veces en proporción de un 24 á un 51 por 100. La grasa deja de ser destruída por la respiración, persistiendo, por tanto, en la sangre. Es probable que la oxidación imperfecta de las materias albuminoides produzca asimismo cierta cantidad de grasa. A la larga, la orina se sobrecarga de ácido úrico, desperdicio de las materias proteicas, menos oxidado que la urea normal.

Por otra parte, el alcohol antes de ser eliminado naturalmente toma asiento en los tejidos y sobre todo en los centros nerviosos.

De esta doble causa, detención de la nutrición y acción tópica sobre los elementos nerviosos, resulta la embriaguez; es decir, la perturbación ó abolición momentánea de las facultades intelectuales.

Si los excesos alcohólicos son repetidos frecuentemente, las perturbaciones funcionales pasan á ser permanentes, dando lugar entonces á una perturbación anatómica asimismo permanente.

La lesión producida en los tejidos por los abusos alcohólicos se resume brevemente: es una vejez prematura. Los elementos sufren, antes de tiempo, la transformación, la regresión grasosa. Glándulas, músculos, huesos, células nerviosas, todo se infiltra de grasa. A veces, en ciertos puntos, el tejido cerebral se deshace en una verdadera emulsión.

A este período anatómico corresponden el *delirium tremens*, el temblor de los miembros, las convulsiones, la imbecilidad, la abolición de las facultades genésicas, etc.

Puede seguirse fase por fase la evolución de esa pasión abyecta que hace del hombre, atrofiando sus facultades intelectuales, un ser indigno de pertenecer á la sociedad. Una primera dosis de alcohol le procura un bienestar ficticio, una impresión nutritiva agradable; al abolir la memoria le hace olvidar los sinsabores, las miserias de la vida. Pero ésta, herida en su esencia, en seguida languidece. A la excitación anormal sucede una depresión correspondiente. Disfrutando los elementos anatómicos de una vida débil, sienten la necesidad de un poderoso excitante. Aquella para ellos preciosa bebida, se les hace necesaria, y á ella recurren.

Poco á poco la depresión vital se exagera, de intermitente pasa á ser crónica, acabando el alcoholismo por anular sucesivamente todo aquello que hace del hombre un ser inteligente y social. Primeramente las facultades intelectuales se deprimen. Las notas más importantes de la clave cerebral enmudecen; el entendimiento, la inteligencia, se extinguen; y como forzosa consecuencia, la voluntad razonada, muere. Con ella terminan las pasiones nobles. La palabra, esta manifestación superior de la inteligencia, es vacilante, indecisa; la lengua indócil no acierta á traducir los pensamientos confusos; la

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA U. A. N. L.

imaginación ofuscada no halla un poco de vigor sino bajo la influencia del fatal excitante. Entonces el deseo estúpido y brutal domina despóticamente al hombre.

A su vez, la locomoción se resiente asimismo de los efectos de la borrachera. La marcha es incierta y tambaleante; los movimientos de la mano inseguros y temblorosos. Pronto se extiende el contagio á los sentidos especiales: la vista es débil, el oído duro, el tacto grosero ó completamente anulado. A menudo, y sin darse cuenta de ello, el borracho deja caer los objetos que sus manos sostienen; descendiendo, por fin, gradualmente al más completo embrutecimiento. Entonces el hombre, decapitado intelectualmente, no es ya más que un bruto turbado por el alcohol; una máquina abyecta que bebe, duerme, y se despierta para beber más aún, hasta el día en que una apoplegía ó una parálisis cualquiera le suprime definitivamente de la sociedad.

II

Suecia fabrica anualmente 200,000 hectólitros de aguardiente que se consume, casi en su totalidad, en el país.

Las destilerías de Escocia producen aproximadamente al año 600,000 hectólitros de alcohol, de los cuales más de 200,000 los consume la misma Escocia.

En París, el consumo anual ha sido de 14 litros 25 centílitros de aguardiente por habitante en cuatro años, cuando en Suecia se ha elevado de 80 á 100 litros.

Se hace ascender á 50,000 el número de individuos muertos cada año en Inglaterra por el alcohol.

En San Petersburgo, los excesos alcohólicos matan cada año 635 personas aproximadamente (Schlozes).

En Francia, el consumo de alcohol es mucho mayor en el Norte del Loire que en el Mediodía; y la estadística de Europa entera demuestra igualmente que la embriaguez es un vicio eminentemente septentrional.

La constitución, el temperamento, el movimiento vital, y, por consiguiente, las necesidades y los deseos, están en inevitable correlación con el clima. El europeo del Norte, obligado á luchar contra la aspereza de un clima de hierro, á vivir encerrado en su casa, inclínase necesariamente á buscar en las bebidas alcohólicas un bienestar pasajero, un calor ficticio.

La impresionabilidad sensitiva es la que salva de este escollo al europeo del Mediodía. ¡La naturaleza es para él tan clemente, su cielo tan brillante, su atmósfera tan tibia! No tiene necesidad de luchar contra el mundo exterior para vivir, para ser dichoso. Pocas fatigas, pocas necesidades nutritivas, una viva inclinación por la música y los placeres de la imaginación; he ahí su suerte. ¿Cómo abdicar de ella para entregarse á la estúpida embriaguez?

Otro hecho de observación general de la más alta importancia es que el alcoholismo está en razón inversa de la inteligencia; tanto, que hasta en los mismos países en donde domina tiránicamente esclaviza sobre todo al hombre del pueblo sin educación, sin instrucción, que desconoce completamente, por lo tanto, los placeres intelectuales.

La latitud, circunstancia tan importante en Europa, al tratarse de la embriaguez, parece influir poco ó nada en los pueblos todavía salvajes. Todos ellos, vivan en el clima que se quiera, se entregan á cual más y hasta la muerte á los placeres del alcoholismo. El alcohol apaga el hambre, y para estos infelices, beber es el negocio capital de la vida; además, su inteligencia es del todo rudimentaria.

Con necesidades nutritivas enérgicas, sin contrapeso alguno intelectual, ¿cómo han de resistir á la perspectiva de un momento de dichosa embriaguez? He ahí la razón que explica por qué el alcohol destruye miriadas de Polinesios y de negros de Africa.

De todo lo que precede podemos deducir y formular en pocas palabras la profilaxia del alcoholismo.

Los dos antídotos infalibles son: la difusión de una educación sana y completa, que haga al hombre capaz de experimentar los placeres del pensamiento, y la satisfacción suficiente, por una buena organización social, de las necesidades nutritivas de primer orden.